

combatir con denodado esfuerzo, se fueron retrayendo poco á poco, y sin volver la espalda, arrojando sin cesar un diluvio de flechas. El general español, despues de incendiar algunas casas, de cuyas azoteas le habian hecho notable daño, volvió á los cuarteles, mientras Ordaz continuaba, por su rumbo, siguiendo al enemigo. La retirada de los aztecas que combatian con el bravo capitán, no era mas que un ardid para hacer que se alejase mucho del alojamiento y cercarle despues por todas partes. Diego de Ordaz, llevado de su ardor bélico, les hizo ver realizado su deseo. Habia llegado al sitio por ellos anhelado. Los instrumentos de guerra y los alaridos de millares de guerreros, se escucharon en aquel instante. El atrevido capitán y su fuerza se vieron rodeados por todas partes de guerreros aztecas, que les acometian con imponderable brio, mientras de las azoteas de los edificios lanzaban un aguacero de piedras y de flechas que les causaba grave daño. Diego de Ordaz arremetió contra los escuadrones que le habian cortado la retirada, para abrirse paso y volver á los cuarteles. Los arcabuceros disparaban sus armas sobre la impenetrable muralla de gente que se extendia hasta al fin de la calle, mientras los soldados de espada y rodela y los que llevaban lanzas, acometian unidos y compactos, descargando mortales golpes. Terrible era el estrago que causaba en las desnudas masas el cortante filo de las hojas toledanas; pero espantosa tambien la lluvia de flechas y de piedras que caia sin cesar sobre los españoles, y terribles los golpes de las temibles macanas, que descargaron con furia espantosa. Cuatro soldados castellanos cayeron sin

vida á los piés de sus compañeros, y mas de la mitad se hallaban heridos. El mismo Diego de Ordaz habia recibido tres heridas. Pero aunque cubiertos de sangre y agobiados por el excesivo número de escuadrones, luchaban con desesperacion por abrirse paso, al mismo tiempo que sus contrarios, despreciando la muerte y anhelando hacerles prisioneros, se lanzaban sobre ellos, metiéndose por sus lanzas y sus espadas (1). La lucha era tenaz. Entre los soldados españoles que combatian al lado de Ordaz, se encontraba uno de extraordinario valor, de fuerza hercúlea y diestro en el manejo de las armas. Se llamaba Lazcano y se habia hecho notable en todos los encuentros. Armado de un pesado montante, tendia muertos á sus piés á cuantos se acercaban á combatirle. Parecia el genio de la guerra arrasando cuanto encontraba á su paso. Sus compañeros, uniéndose á él y guiados por su valiente capitán, redoblaron sus estocadas y sus disparos de arcabuz, logrando, al fin de una obstinada resistencia, abrirse paso, aunque acosados siempre por los mejicanos. Los españoles iban retrayéndose poco á poco á sus cuarteles y combatiendo constantemente. Poco antes de llegar al alojamiento se vieron acometidos, de repente, por varios escuadrones que salieron de dos calles contiguas. La lucha se renovó allí de nuevo, aumentándose el número de heridos de los castellanos. El valiente Lazcano, haciendo prodigios de valor, contenia, por su lado, á los contrarios, secundado por dos

(1) «Pues quizá aprovechaban mucho nuestros tiros y escopetas y ballestas ni lanzas, ni estocadas que les dábamos, ni nuestro buen pelear; que aunque les matábamos y heriamos muchos dellos, por las puntas de las picas y lanzas se nos metian.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

compañeros que manejaban arma igual á la suya. La tropa volvió á abrirse paso; pero el intrépido Lazcano cayó al fin muerto, traspasado por varias flechas y bajo el golpe de las terribles macanas (1). Otros tres compañeros que á su lado estaban, perecieron también. Diego de Ordaz logró al fin llegar á los cuarteles con todos sus soldados heridos, de los cuales perecieron á las pocas horas, doce.

Los mejicanos dispusieron entonces asaltar por todas partes el edificio. Dada la señal de acometida, se lanzaron como desbordados torrentes al muro que cercaba el palacio. Los defensores del punto, dispararon su artillería y arcabuces, haciendo grandes estragos en las filas enemigas. Los asaltantes, arrimando á la pared algunas pesadas piezas de madera con que solian derribar los muros, trataban de abrir anchas brechas para penetrar en los cuarteles. Mientras la atención de los españoles estaba fija en los puntos amenazados y acudian á ellos para defenderlos, otro gran número de aztecas habia logrado escalar la muralla y arrojar en las habitaciones teas encendidas, logrando poner fuego á los aposentos y á los alojamientos de madera de los tlaxcaltecas (2). Aquellos momentos fueron angustiosos y críticos para los españoles. Temiendo perecer abrasados, unos acudian á atajar el incendio para que no pasase á las demás salas, en tanto que otros luchaban con los que procuraban penetrar á toda costa en la fortaleza. El

(1) «Y al retraer le mataron otro buen soldado, que se decia Lazcano, que con un montante habia hecho cosas de muy esforzado varon.»—Bernal Diaz.

(2) «Y unos dándonos guerra por una parte y otros por otra, entraron á ponernos fuego en nuestros aposentos, que no nos podiamos valer con el humo y fuego.»—Bernal Diaz.

incendio crecia rápidamente y el número de asaltantes aumentaba. Los sitiados, viendo que en una parte del cuartel las llamas amenazaban invadir el resto del edificio, se vieron precisados á derribar aquella parte de la muralla, para sofocar el fuego, prefiriendo dejar abierta al enemigo una ancha brecha por donde acometiese, que morir abrasados. El fuego quedó sofocado bajo los escombros y la tierra; pero el paso quedó sin parapeto. Los aztecas dirigieron sin dilación allá sus batallones, dando horrendos alaridos de guerra; mas cuando juzgaron segura la entrada, recibieron, á quemarropa, una descarga de artillería que destrozó sus filas, obligándoles á detenerse. Los españoles habian colocado los cañones, en el instante de haber derribado la muralla, en el sitio en que esta faltaba, barriendo con sus certeros tiros los escuadrones aztecas. No desmayaron por esto los mejicanos. Cubiertas sus pérdidas por nuevos combatientes, siguieron avanzando hacia la brecha, donde fueron recibidos con mortíferas descargas disparadas por los arcabuceros y ballesteros que Hernan Cortés habia colocado detrás de los escombros (1). El suelo quedó alfombrado de cadáveres aztecas, pero la lucha seguía con igual empeño, perdiéndose los lastimeros ayes de los heridos y de los moribundos, entre los alaridos de guerra y los instrumentos bélicos de los asaltantes que procuraban penetrar en los cuar-

(1) «En la fortaleza daban tan récio combate que por muchas partes nos pusieron fuego, y por la una se quemó mucha parte della, sin lo poder remediar, hasta que la atajamos cortando las paredes y derrocando un pedazo que mató el fuego. E si no fuera por la mucha guarda que allí puse de escopeteros y ballesteros y otros tiros de pólvora, nos entrarán á escala vista sin los poder resistir.»—Seg. carta de Cortés á Carlos V.

teles. Era un combate sangriento, en que los acometidos estaban resueltos á morir antes que ceder, y en que sus contrarios habian ofrecido á sus dioses no desistir hasta no vencer. Los primeros contaban con la superioridad de la táctica militar y de las armas; los segundos con la ventaja de su inmenso número; con lo fuerte de la ciudad; con sus puentes levadizos que impedian el paso al enemigo; con los parapetos que habían levantado en las calles, y con la lluvia de flechas y de piedras que lanzarian de las azoteas sobre sus contrarios en cualquiera salida que hicieran.

La lucha continuaba con igual furor por una y otra parte. El cielo estaba oscurecido en el sitio del combate, por una espesa nube de flechas que iba á caer sobre los cuarteles, mientras otras y otras cien se sucedian de continuo, uniéndose en el aire con el humo producido por la artillería y los arcabuces. Era un cuadro de desolación, de sangre y de muerte. La noche vino al fin á suspender la terrible lucha, separando á los tenaces combatientes. No era costumbre entre los aztecas combatir despues de puesto el sol, y por lo mismo se retiraron á sus puntos, resueltos á renovar la lucha en el momento en que apareciese la luz del inmediato dia.

Suspendido el combate, los mejicanos retiraron sus muertos y sus heridos, y pudieron entregarse al descanso sin recelo de ser molestados por sus contrarios.

No les sucedía lo mismo á los españoles. Tras de las fatigas de la terrible lucha que duró todo el dia, tuvieron precision de trabajar durante la noche en poner algunos parapetos en los puntos en que se hallaba destruida la

muralla, en limpiar las armas, disponer las municiones, curar los heridos y prepararse para resistir al enemigo. Eran pocos, y se veian precisados á trabajar todos, alternándose en las horas para dormir algunos instantes. En el rato que les tocaba descansar, se tendian en el suelo, vestidos y armados, dispuestos á presentarse inmediatamente en sus respectivos puntos.

Aunque los aztecas no tenian intencion de atacar de noche á sus contrarios, no por esto dejaban de arrojarles de vez en cuando algunas flechas y piedras, y de lanzar espantosos gritos de guerra, con que les tenian en continua alarma.

Hernan Cortés vigilaba sin descanso, recorriendo los puntos mas amenazados, y cuidaba de que nada faltase para el momento en que se renovase la lucha. Sabia que los mejicanos eran los mas adelantados en el arte de la guerra de todas las naciones de Anáhuac; tenia noticias de su arrojo y su valor; conocia la facilidad con que podrian reducirle al hambre y la impotencia con solo levantarle los puentes de las calles y de las calzadas y estaba convencido de que podian poner, en pocos instantes, mas de doscientos mil hombres sobre las armas. Todas estas consideraciones le habian obligado á no intentar en Méjico el derribo de los ídolos, como lo habia hecho en Cempoala y otros puntos. No debia estar, por lo mismo, poco preparado, como algun escritor supone, para la furia mostrada por los aztecas, ni menospreciar la ciencia militar de los ejércitos contrarios, porque estaba acostumbrado á vencer, con menores fuerzas que las que entonces tenia, á numerosos escuadrones en Tabasco, Tlaxcala y Cholula. Hernan Cortés conocia que las condiciones en que

se encontraba eran infinitamente peores á las que le cercaron en las pasadas campañas. En los combates con los demás ejércitos, habia luchado en campo abierto; pudiendo acometer con su caballería por los puntos que juzgaba mas convenientes; recurriendo á la superioridad de su táctica para aprovecharse de los descuidos de sus valientes contrarios, y sin tener ni á sus flancos, ni á su frente y retaguardia, obstáculos puestos por la naturaleza, que le impidiesen sus movimientos. En la capital azteca se encontraba con mayores ejércitos y con las dificultades del terreno. Por donde quiera que se dirigiese, se encontraba con anchos canales, cuyos puentes se habian levantado; con edificios coronados de guerreros, de donde se desprendia una tormenta de piedras y de flechas; con fuertes parapetos hechos en las calles, y con todas las fuerzas levantadas por los principales jefes de la nacion.

Lejos de dudar de la intrepidez de los mejicanos, estaba convencido de ella; y por lo mismo que la conocia, «sintió, dice Bernal Diaz, profundo pesar al tener noticia de su levantamiento, como lo tuvieron sus antiguos soldados, porque estaban persuadidos que se verian precisados á luchar contra millares de bravos batallones.» De nada valia la superioridad de la táctica europea en la posicion en que se encontraban los españoles y bien sabian éstos que, por bien que combatesen y aun cuando contaran con doble gente que la que tenian, corrian gran peligro sus vidas, hallándose metidos en medio de una ciudad de donde casi era imposible salir (1).

(1) «Y desde que aquello oyó Cortés y algunos de nosotros, ciertamente nos

La luz del siguiente dia 26 de Junio, dejó ver á los mejicanos dispuestos para continuar el combate. Numerosos escuadrones, de los mas intrépidos guerreros, estaban nombrados para dar el asalto á los cuarteles. Al frente de ellos se veian los mas famosos capitanes aztecas, vestidos con sus trajes de guerra. Sobre la coraza de algodón, del grueso de un dedo, con que cubrian la caja del cuerpo, llevaban otra armadura, hecha de láminas de metal, que cubria además los muslos y parte de los brazos. Llevaban la cabeza dentro de otra, hecha de madera, y que representaba la de un leon, un tigre ó serpiente, con la boca abierta, enseñando los dientes y en actitud feroz. Todos los oficiales ostentaban grandes penachos de plumas sobre sus cascos, con el fin de aparecer de mayor estatura y de dar á la persona un aire de superioridad. Los simples soldados estaban enteramente desnudos, excepto la cintura, que la llevaban vestida con el *maxlalt* ó ceñidor, que cubria sus pudendas; pero, con el fin de dar un aire guerrero á la persona, ostentaban pintados de diversos colores el cuerpo, figurando petos y armaduras. Las armas eran la lanza, la flecha, la pica, la honda, el dardo, llamado *llachotli*, y la espada conocida con el nombre de *maquahuitl*. El dardo mejicano era una lanza corta con tres puntas de cobre ó de cortante pedernal. Era arma

pesó mucho; porque bien entendido teniamos los que soliamos batallar con indios, la mucha multitud que de ellos se suelen juntar, que por bien que peleásemos, y aunque mas soldados trajésemos ahora, que habiamos de pasar gran riesgo de nuestras vidas, y hambres y trabajos, especialmente estando en tan fuerte ciudad.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

temible, que la tiraban con una cuerda, para retirarla despues de haber herido.

Todos los escuadrones dispuestos para el asalto, desplegaron al viento sus estandartes, figurando entre ellos el que representaba las insignias del imperio mejicano, que eran un águila en actitud de arrojar sobre un tigre.

Dada la señal de ataque los batallones mejicanos se lanzaron con impetuosa furia sobre los cuarteles españoles. Los defensores, que se habian preparado desde la noche para el combate, les recibieron con un nutrido fuego de artillería, que dejó sin vida centenares de guerreros. Pero los huecos que dejaban las balas, volvian á llenarse creciendo el número de combatientes con nuevos escuadrones que se unian á los primeros. Por donde quiera que los españoles dirigian la vista, no acertaban á descubrir mas que batallones de asaltantes que avanzaban con horrendos alaridos, y millares de flecheros y de honderos coronando las azoteas de los edificios. El número asombroso y extraordinario de aztecas que acometian los cuarteles, quitaba á los artilleros castellanos la necesidad de apuntar. No habia bala que no se aprovechase. Ni un solo proyectil dejaba de dar en las inmensas masas; ni uno solo pasaba sin causar doce ó catorce víctimas. Sin embargo, no se notaba el efecto que las descargas producian en las filas mejicanas, que volvian á cerrarse como se cierran las iracundas ondas del Océano en el momento de caer en su fondo una, mil y mil piedras (1).

(1) «Porque estaba tanta cantidad de ellos, que los artilleros no tenían necesidad de puntería, sino asestar á los escuadrones de los indios. Y puesto que el artillería hacia mucho daño, porque jugaban trece ar-

Despues de un ataque desesperado, en que hicieron esfuerzos inauditos por penetrar en el edificio, se vieron los aztecas precisados á retirarse, dejando centenares de muertos que no pudieron recoger. Hernan Cortés dispuso entonces una salida, dejando en los cuarteles una fuerza suficiente. Puesto al frente de la caballería, distribuyendo la infantería en diversos cuerpos al mando de los principales capitanes, y auxiliado de algunos miles de tlaxcaltecas, que se habian batido con notable denuedo defendiendo el edificio, se dirigió por una de las tres calles principales hácia sus contrarios, que no esperaban aquel movimiento. Los jinetes se lanzaron sobre los aztecas con la velocidad del relámpago, hiriendo con sus lanzas á unos, atropellando á otros, y derribando con sus caballos á cuantos alcanzaban en su carrera. Aprovechándose Cortés de aquella sorpresa, ganó algunos puentes, incendió varias casas que tomó á viva fuerza, y causó grandes estragos en las filas aztecas. Sin embargo, pronto se encontró con grandes dificultades que detuvieron su avance. Millares de escuadrones se presentaron por los flancos en los momentos que se preparaba á tomar un grueso parapeto levantado al extremo de una calle, mientras un incesante y terrible aguacero de flechas y de piedras caian de las azoteas de los edificios sobre los españoles. Cada casa era una fortaleza, con su puente levadizo, á la cual no se podía llegar sino con el agua á la cintura. Los soldados castellanos, ayudados de los tlaxcaltecas, se lanza-

cabuces, sin las escopetas y ballestas, hacian tan poca mella, que ni se parecia que lo sentian, porque por donde llevaba el tiro diez ó doce hombres se cerraba luego de gente, que no parecia que hacia daño ninguno.» —Seg. Carta de Cortés á Carlos V.